

REVISTA 54590

7906

# DE ESPAÑA.

SEXTO AÑO.



TOMO XXXIV.—(Setiembre y Octubre.)



MADRID.

REDACCION Y ADMINISTRACION,

San Agustin, 6.

IMPRENTA DE J. NOGUERA

Bordadores, 7.

1873.

## VI.

Debí á la generosidad de un buen amigo mio, hace algun tiempo, el más curioso expediente ó coleccion de papeles que imaginar quepa, relativo á las cosas de la guerra y de la paz, en las provincias vascas, durante el año de 1795. Contiene dicho expediente la correspondencia confidencial y original de D. Francisco de Zamora, alcalde que habia sido de Casa y Córte, y á la sazón asesor ó auditor general del ejército de Navarra y las Provincias Vascongadas, con D. Manuel Godoy, duque entónces de la Alcudia, así como las mínutas originales de las respuestas del valido. Era Zamora hombre de confianza de este último, y una especie de comisario civil, no desemejante en atribuciones é importancia, á los que solia enviar á sus ejércitos, por aquel tiempo mismo, la República francesa. No parecia Zamora corto de luces; pero á las veces abrigaba muy singulares ideas, como, por ejemplo, cuando le comunicó á Godoy sus dudas de que conviniese vencer en batalla á los franceses, no fuera que herido el amor propio de ellos se hiciese más difícil la paz. Verdaderamente la paz era ya una aspiracion comun ya en España aquel año, ó por lo ménos en sus regiones oficiales. Y con este motivo tengo que proclamar aquí una verdad que parecerá á muchos extraña, más la historia ha de ser inflexible en materia de verdad, y exponer sin miedo cuanto lo sea, por mucho que hiera los sentimientos ú opiniones comunes. Fuera cual fuese el origen del favor de Godoy, y dígase cuanto quiera de sus errores en otras cosas, la verdad es que toda su correspondencia demuestra una exaltacion patriótica y un celo por la gloria de la nacion, que estaba muy léjos de ser general entónces. Lo que hacia la paz indispensable era precisamente la indiferencia increíble con que se acabó por tomar una guerra, que fué á no dudar popularisima en los principios, aunque la resistiesen algunas personas previsoras ó secretamente amigas de las ideas revolucionarias. Sobrado de *sentimientos*, como dijo él mismo, y juzgando que sin fuerzas superiores no podia contener ya al enemigo, dejó el mando de aquel ejército su primer general D. Ventura Caro, sin querer volver á éste, aunque luego se le llamara nuevamente. Tomó entónces el mando el conde de Colomera, que no pudo con efecto impedir que penetrasen los franceses hasta el Deva; y el gobierno de Madrid lo separó por lo tanto, tiando el ejército en la campaña de 1795, que debia ser la última, á D. Carlos Sangro, príncipe de Castel Franco. Era este general hombre de talento, segun escribian los que le conocieron, y de intenciones excelentes; pero ir-

resoluto y debilísimo de carácter, por lo que resulta de su correspondencia y de sus acciones. Todo el mundo ha oído contar, ó leído con asombro en España, que durante aquella breve campaña de 1795 llegó el enemigo hasta el Ebro, amenazando el riñón de Castilla; pero nunca se ha intentado referir ó explicar con exactitud hasta ahora semejante suceso, á no ser en las *Memorias del Príncipe de la Paz*, donde se leen algunas pocas líneas de excusa. El redactor de aquellas *Memorias de D. Mariano José Sici-lia*, (bien conocido por sus *Lecciones elementales de ortología y prosodia*), tan difuso por lo comun, como quien cobraba por pliegos su trabajo, pecó aquí de sobrado conciso, si no es ya que las instrucciones benévolas del mismo Godoy contuvieron su pluma. Aunque sea imposible que llene yo semejante vacío, no dejaré de dar idea clara de lo ocurrido.

Ello fué que, mientras deliberaban los generales españoles sobre lo que habrían de hacer, cuando la nueva campaña se abriera, é iniciaba y seguía secretamente Godoy los tratos de la apetecida paz, el general francés Moncey, que estaba ya libre de enfermos y reforzado, emprendió inopinadamente el 22 de Junio un rápido movimiento de avance, atacando los destacamentos de Ondarrosa y Madariaga, que, á las órdenes del entónces brigadier Eguía, cubrían, con otros vários, la línea del Deva; logrando, con poco trabajo, forzar el paso del rio, y establecerse en Marquina, Motrico y los altos vecinos. Seis días después, entre el 28 y 29 de aquel mismo mes, el grueso de la division llamada de Guipúzcoa, que mandaba el teniente general D. José Simon de Crespó, fué atacado por Moncey en Villarreal de Zumarraga; y no tan sólo evacuaron los nuestros al punto aquella posicion, sino que, disputando con flojedad la altura de Descarga, prosiguieron rápidamente su marcha retrógrada, temerosos sin duda, de que por las orillas del Deva, llegasen ántes que ellos los franceses á Vergara, sin cesar la retirada hasta Mondragon, base de la segunda línea defensiva. Explicándole Castellfranco al ministro de la Guerra, conde del Campo de Alange, y á Godoy, en 5 de Julio, lo acontecido, decia que en su plan de campaña «defender á Pamplona era lo único que se proponia.» Para eso ocupaba como puntos avanzados el valle de Ulzama y Lecumberri, pretendiendo mantenerse desde allí en contacto incesante con Pamplona, y conservar tambien libres sus comunicaciones con la division de Crespó, especialmente encargada de defender á Guipúzcoa; la cual estaba extendida cual hemos visto, nada menos que desde Villarreal de Zumarraga hasta Elgoibar y Ondarrosa, apoyándose algun tanto en los cuerpos voluntarios del país. Al saber que aquella extensísima y flaca línea estaba rota, cortado el vasto semicírculo

que su ejército formaba, delante de la frontera, interrumpidas sus comunicaciones con Crespo, y descubierto en virtud de la retirada súbita de éste su flanco izquierdo, tan sólo la correspondencia que poseo puede dar clara idea, en verdad, del aturdimiento de Castelfranco y de los demás caudillos del ejército. Llamaron á toda prisa al togado Zamora que estaba en Pamplona para que los iluminara; y, despues de tres consejos de guerra y muchas deliberaciones parciales, se determinó abandonar tambien el punto avanzado de Lecumberri. Quedó así forzada toda la primera línea de Castelfranco, en una semana y, sin dispararse un cañonazo siquiera. Méenos afortunado fué Moncey al querer tomar la nueva posicion defensiva de Castelfranco, sobre Erize y el boquete de Ozquia, porque hubo allí un combate enpeñado en que, si bien unos y otros se atribuyeron la victoria, quedaron al fin los nuestros sobre las posiciones que defendieron. Pero de todos modos no pensó de allí adelante Castelfranco, sino en cubrir con los 25.000 hombres que le quedaban á Pamplona, en guarnecerla, librarla de bocas inútiles y disponer todo lo necesario para que sufriese un sitio. Por su parte la *Gaceta de Madrid* de donde he tomado algunas de las noticias precedentes, no volvió á mentar la guerra, por aquel lado, hasta que tuvo ya que dar cuenta de la entrada de los franceses en Vitoria, sin la menor resistencia; de lo cual, y del abandono de las provincias vascongadas por Crespo, se anunció entónces una parte detallado que no llegó á ver la luz pública.

Tal silencio lo suple el *Moniteur Universel* del 6 de Agosto de 1795. Refiere en él Moncey, que su teniente Dessein con 4.500 hombres siguió el Deva arriba como temia Crespo, entró sin pelear en Elgoibar, abandonado por Eguía, é inmediatamente marchó sobre Eibar, ocupado por los voluntarios vizcainos, forzando fácilmente las defensas artilladas que cubrian aquel punto, y entrando asimismo, no más que veinticuatro horas despues en Durango, donde se apoderó asimismo de artillería y almacenes de viveres. Fué así insostenible la posicion de Crespo en Mondragon; el cual se encontró además súbitamente abandonado por los voluntarios vizcainos, alaveses y el primer batallon guipuzcoano, que volvieron como llenos de pánico á sus casas. La division española, bien que reconcentrada ya, era por su número impotente para recobrar el terreno perdido, mas no para defender posiciones, si la hubieran ayudado las simpatías del país; y, sin embargo no hizo más que iniciar una nueva retirada desde Mondragon hácia Vitoria. Pero otro nuevo cuerpo de 4.500 franceses, salido de Iruzum, al mando del general Villot, habia venido ya á juntarse con el de Dessein cerca de Salinas, por si Crespo queria mantener aquella posicion; y, temiendo éste

que le cortasen la retirada de Vitoria, resolvió encaminarse á Bilbao, donde él solo estuvo una noche, y entró Moncey al día siguiente, adelantando ya este otras fuerzas hasta Vitoria. En el interin que Moncey, desvanecido con sus fáciles triunfos, dividía de nuevo sus escasas tropas, enviando por una parte gruesos destacamentos hasta Puente de la Reina, y por otra, hasta Miranda de Ebro, Crespo continuó retirándose; y, fuera ya del alcance del enemigo, siguió hasta Pancorbo, donde estaba el 23 de Julio. En un mes menos un día, habían llegado, pues, los franceses desde la orilla derecha del Deva, por la parte en que este pequeño rio entra en el mar, hasta la villa, y el castillo de Miranda de Ebro, que ocuparon. Fijo siempre Castelfranco en que él ninguna cosa mejor podía hacer que defender á Pamplona, mantúvose todo aquel tiempo inmóvil, sin saberse de él otra cosa sino que, continuando allí á la defensiva, tuvo que sostener el 22 de Julio un nuevo y sangriento combate, honrosísimo aquella vez para nuestras tropas, que conservaron sus posiciones de Erice, junto al boquete de Ozquia y el rio Araquil, y sobre el espacioso collado de Ollarregui, en la montaña de Andia. Aquel combate donde el valor del soldado español, hasta allí oscurecido por la irresolucion y las malas disposiciones estratégicas de sus caudillos, resplandeció gloriosamente, y el intrépido entusiasmo con que los castellanos acudieron en armas á defender la ribera del Ebro, recuperando prestamente á Miranda, y ocasionando un descalabro á la confiada vanguerdia francesa, fueron los hechos únicamente dignos de memoria de aquella triste campaña.

No cabe duda en mi concepto, que, ni aún con los 14.000 hombres que le suponía Moncey, y que quizá fueran ménos, podía mantener incólume el general Crespo la dilatadísima línea que puso á su cuidado Castelfranco; sobre todo, pensando este último, como pensaba, no abandonar el frente de Pamplona. Vigorosamente atacado á un tiempo por los dos extremos de su propia línea, ningun otro recurso le quedaba á Crespo que una retirada, más ó ménos reñida, y más ó ménos desastrosa. Cuando Crespo tuvo ya reunidas su fuerzas entre Mondragon y Salinas, los vascongados, con cuyo eficaz auxilio debía contar, soltaron de repente las armas; y con los solos 7.000 hombres que, segun el propio Moncey, le restaban, no era fácil que rechazara, ni aún contuviera ya al enemigo, superior en número, aunque pudiese disputar algo y mucho las formidables posiciones que el país presenta. Harto ménos comprensible es todavía que dejase Castelfranco disponer á Moncey, cuando le convino, de las tropas mismas con que amenazaba su línea y la plaza de Pamplona, sacándolas un día de

Irurzun para operar contra Crespo sobre Salinas, y dirigiéndolas otro, para envolver al grueso del ejército español, sobre Puente de la Reina. Y todo ello sin la facilidad de comunicaciones que ahora hay, pues los caminos, y más los buenos, todavía eran escasísimos en aquellas provincias. Pero con todo eso, y por más que errasen mucho los generales, nada hay tan censurable como la conducta de los naturales en aquella campaña; muy distinta realmente de la que hubo derecho á esperar de gentes que, si no servían en tiempo de paz á su patria, era á condicion de servirlos todos, sin excepcion alguna, dado el caso de una guerra en la frontera. No se queja en sus partes Moncey de un solo correo detenido, de un solo convoy asaltado, ni de que se defendiesen pueblos, si se exceptua Eibar, militarmente ocupado, ni en suma, de resistencia popular de ninguna especie. Por el contrario, si la diputacion de Navarra mostró poquisima voluntad para ayudar á la defensa de Pamplona y del reino, segun escribian Castelfranco y Zamora, por su lado, Vizcaya y Alava consintieron facilísimamente en nombrar diputaciones nuevas, que tratasen con la república, por haber seguido las legítimas la suerte de nuestras armas. Y Moncey le escribió textualmente á su gobierno, que «las poblaciones de Vizcaya y Alava habian recibido á sus soldados como á verdaderos hermanos y amigos, observándose que prestaban sus servicios con lealtad y franqueza» (1). En cambio so pretexto de sus fueros, negaban cuanto podian á las tropas nacionales. Sólo así, en verdad, se explica la marcha triunfal de los franceses desde muy poco léjos de San Sebastian hasta Miranda de Ebro, en ménos de un mes, atravesando las formidables montañas y los desfiladeros, militarmente impracticables, que defienden todo aquel territorio fragosísimo, y con tanta sangre regado después, así extranjera como española. Castelfranco, al limitarse á cubrir á Pamplona, contaba probablemente con que la sola division de Crespo, apoyada por el levantamiento general del país, bastaria para cerrar el paso á los franceses de aquel lado; y otro tanto hubo de pensar el ministerio de la Guerra, que de antemano aprobó su plan. Ni se le ocurrió acaso á nadie, que Moncey intentara y lograrse llevar á cabo un movimiento tan imprudente como el de Miranda, dejando los 25.000 hombres del grueso del ejército español á su flanco izquierdo, y á sus espaldas tanto espacio de tierra, y de tierra tal, que el alzamiento en masa de los naturales, podia hacer impracticable, si no la entrada la salida,

---

(1) *Gazette Nationale, ou Le Moniteur Universel du 19 Thermidor, l' an 3 de a République* (6 de Agosto de 1795.)

en el caso de haber de tocar retirada. No hay la menor duda que, sin contar con el país, el plan de defensa español, era errado; y toda esperanza en su buen éxito infundada. Tampoco hay duda en que el ejército estuvo imprevisora y flojamente mandado. Pero, á pesar de todo eso, habria pagado muy caro Moncey el movimiento temerario que, con solo nueve ó diez mil hombres, ejecutó su general de division Villot, hasta Miranda, si en 1795 hubieran respondido los vascongados al llamamiento nacional, como, después de 1808, y sobre todo en 1813, respondieron. La propia suerte de Dupont le habria cabido á Villot, al ménos, con algo que de su parte hubiera puesto Castelfranco; áun sin dejar el Ebro á las espaldas, que fué lo único que arredró á Moncey. La comparacion de la conducta de los vascongados en las dos épocas citadas, quizá no parezca á primera vista indispensable, pero importa á mi objeto, segun se verá más adelante.

## VII.

Fué principalmente sostenida la campaña de 1813 por los voluntarios vascongados, aunque los apoyasen con vigor las fuerzas navales inglesas y el corto cuerpo de fuerzas regulares que mandaba el valeroso general Mendizabal. La base de operaciones de este y de los ingleses estaba en Castro-Urdiales. El relato que voy á hacer de aquella campaña, es en el fondo el mismo que escribió Camilo Vacani, en su *Storia delle campagne e degli assedi degli italiani in Spagna* (1), libro el más imparcial é importante que hayan dado á luz los extranjeros sobre nuestra guerra de la independencia; y, por no entrar en sobrados pormenores, me limitaré á recordar lo más notable. Por largo plazo estorbaron los voluntarios de Guipúzcoa y Vizcaya la marcha de los franceses sobre Castro-Urdiales, amenazando intrépidamente á Bilbao, ya bien fortificada, y obligando á las tropas italianas á retirarse de la dicha plaza de Castro-Urdiales, que estaban embistiendo, no sin gran fatiga y pérdidas. Sostuvieron luego entre Ramales, Bárcena y Valmasceda un largo combate, no ménos inútil que sangriento para los enemigos, los cuales se hallaban ya, segun Vacani dice «con que cada monte que á gran costa ganaban, venia á ser como una nueva *estacion*, en lugar de la *meta* que buscaran.» Lo cual quiere decir que desde el principio hubo de luchar allí el enemigo extranjero con el sistema de guerra tan conocido ahora de nuestros militares.

---

(1) Milan, 1823.

Pero donde se dió ya una verdadera batalla entre los vascongados y los italo-franceses, fué en las alturas de Guernica y Munguia el 2 de Abril de 1813, mandando á los unos el general italiano Palombini, y á los otros Jáuregui, apellidado el *Pastor*, el cual disponia de unos 3.000 voluntarios contra igual ó superior número de enemigos. Vieron ya allí, segun Vacani cuenta, los bravos batallones de Artola y Mugartegui volver caras á los temidos soldados napoleónicos; y no le costó poco á Palombini evitar que lo metieran por fuerza aquella tarde en sus retrinchamientos de Bilbao. Obligados los voluntarios á ceder en Navarniz, tres dias más tarde á un enemigo, reforzado ya, y siempre superior en organizacion y disciplina, asombraron no obstante á éste con la rapidez y habilidad de sus marchas; señalándose sobre todos Mugartegui en su admirable retirada hasta Deva. Sin pérdidas importantes, reorganizáronse inmediatamente los demás batallones, á espaldas de sus mismos vencedores; y aun á corta distancia de Bilbao, pues el grueso se quedó como estaba entre Guernica y Munguia. Una semana despues del último de estos combates, atacaron los imperiales en Azcoitia y sus inmediaciones á los guipuzcoanos, los cuales pelearon muy esforzadamente tambien; hasta cruzar, y por largo espacio, sus bayonetas con las de los contrarios. Y en el entretanto aquellos propios batallones vizcainos, vencedores entre Munguia y Guernica, y obligados en Navarniz á ceder, sin que hubiesen trascurrido sino solamente cinco dias tuvieron la increíble audacia de atacar á pecho desnudo á Bilbao, fortificada, artillada y bien guarnecida por los franceses. Si no les salió bien tamaño propósito, debióse acaso á la *anarquía del mando* que reinara en ellos, al decir de Vacani, allí presente. Era aquella lucha sobre penosísima, cada dia más infructuosa para los imperiales, «por la singular agilidad de las tropas, dice Vacani, mediante la cual se libraban de padecer ningun desastre verdadero; y por la destreza y decision de los paisanos, que, burlando sin cesar á los invasores, poderosamente ayudaban á los suyos á salir con bien del más mal paso.» No andaba el valor en zaga á la agilidad de los soldados ni á la heroica abnegacion de todos los habitantes, sin distincion de edad ó sexo. El general francés Foy, que ha escrito las más sentidas páginas, que nuestra guerra de la independencia haya inspirado á los extranjeros, en sus incompletas pero bien conocidas *Memorias*; hombre de no ménos valía, que en las asambleas, en los campos de batalla, llegó á todo esto á Bilbao con nuevas tropas, y se propuso, ansioso de gloria, sorprender á los batallones vizcainos, dándoles un golpe que hiciera posible el sitio y toma de Castro-



Urdiales. Con efecto, á poco de amanecer el día 28 de Abril, cayó Foy en Ampuero sobre aquellos bisoños, mal instruidos, y peor organizados batallones, cogiéndolos de improviso, como queria, aunque un poco más tarde que pensase, porque el guia de quien se fiara, ¡lo engañó segun costumbre. Lo que allí entónces pasó, dejaréelo narrar al propio Vacani para poner remate digno á este relato. «Vierais allí, cual ví yo con estos ojos (dice el Vacani textualmente) una pelea semejante á las más fieras que cuentan los historiadores antiguos, entre combatientes al arma blanca. Fué tan largo el empeño, y anduvo tan dudosa la victoria, que ya desesperaba Foy del buen resultado. Cogidos por los cabellos los vascongados á los italo-franceses, y sin valerse más que de sables y bayonetas, destrozábanse unos y otros, perdiendo á la par copiosa sangre, mas ni un solo palmo de tierra. Dos columnas lanzadas por Foy sobre aquel *conglomerado* de hombres, pudieron al fin y al cabo apartar á los más rabiosos combatientes, miéntras que el grueso de las fuerzas se recogia y organizaba á uno y otro lado, procurando tomar posiciones ventajosas y, como para ponerse á la defensiva ambos ejércitos. Dió este caso la medida al general francés de la bravura de los soldados de aqueila parte de España; y le infundió hácia ellos un respeto de que andaba muy ajeno, cual suelen los oficiales jóvenes que desempeñan altos empleos. No fué seguido de otros el ataque de aquel día, bien que el primero quedase indeciso. Foy no quiso repetir la embestida por juzgarla inútil, y no bien llegada la tarde se retiró hácia el valle de Trucios» (1). Hasta aquí Vacani; y acaso nació aquel día en Foy el entusiasmo que rebosa en sus *Memorias* por la causa española.

Terminó al fin aquella campaña por la toma de la villa de Castro-Urdiales vigorosamente defendida, y atacada por los franceses con mucha artilleria y grandes fuerzas; pero los voluntarios vascongados no desmintieron el valor mostrado en Ampuero en lo que quedaba de guerra. Tales son llegado el caso, como soldados, esos españoles de raza iberica, ajenos al oficio de las armas durante casi toda su vida histórica, y de ordinario pacíficos, por temperamento y por costumbres. Aún en la misma guerra de la Independencia, donde tales proezas hicieran al cabo, anduvieron perezosos en tomar de veras las armas, siendo los últimos de los españoles que resueltamente se lanzaron al campo. Pero en esta época, cumplieron tan bien, como sin duda cumplieron mal allá en la guerra con la República francesa. Si Monecy en-

---

(1) *Storia delle campagne e degli assedi degl'italiani in Spagna, dal 1808 al 1813. Du Camillo Vacani. Milano, 1823. Volumé terzo, parte prima, IV, pág. 296.*

contrara la resistencia que Clauzel y Palombini, y se hallara en trances tales como el de Ampuero, ¿habrían tenido que domar sus bríos los castellanos en Miranda de Ebro? Aunque me haya limitado últimamente á referir hechos sabidos y atestiguados por pluma extranjera, paréceme que de sobra he dado á entender, con el modo de contarlos, que está muy léjos de ser mi intento, menoscabar en nada el lustre de la nobilísima raza vascongada. Pero la historia tiene el encargo de enseñar la vida, tal como ella es realmente, con sus días buenos y malos, con sus aciertos y errores, con sus acciones heroicas y sus flaquezas, ó malas tentaciones. Por eso se la ha apellidado justamente, maestra de la vida; que en otro caso, no fuera tal sino cortesana humilde. Lo que tengo que referir ahora es ménos halagueño todavía; y tambien tengo que decirlo, sin embargo, para poner del todo en claro ciertas cosas.

### VIII.

Dije ántes ya que la correspondencia de Godoy con Zamora demuestra de parte de éste grande exaltacion patriótica; y ahora debo añadir que algunas veces picaba en exageracion, y hasta en despecho. Los primeros arranques de su cólera descargaron naturalmente sobre los generales y el ejército. Para muestra voy á copiar aqui al pié de la letra una de las más curiosas de sus cartas, escrita el 6 de Julio de 1795, es decir, al saber la retirada de Crespo, y que cortado en dos nuestro ejército, se reducía el grueso de él á cubrir á Pamplona. «Nadie puede engañarse ménos que yo (decia) en los cálculos que hago (1) sobre la infelicidad de este reino; y sé que su existencia pende de la paz. No hay otro medio, amigo Zamora, así lo conozco; y en este supuesto me veo comprometido á firmar unos limites más estrechos que los que hasta aqui ha tenido señalados el rey mi amo. Sólo un ejército infiel; sola una turba de oficiales ignorantes, y una sólo opinion infame, sobre la cual se apoya el honor de esos caballeros, pudieran haber sido móviles capaces á destruir los planes que tenia formados un ministro que se desvive por ponerlos á cubierto de sus maldades. A ese ejército deberá la España el sacrificio de una parte de sus fuerzas, la pérdida de las provincias y la degradacion de la soberania; pero el rey hará

(1) Enmiendo aqui la ortografia del valido que la tenía bastante mala, aunque no tanto como el general en jefe Castelfranco que escribía *Gerra* por *Guerra*, ni peor que muchos de los hombres, que militar y civilmente han figurado y figuran más en nuestros días.